

SÍNTESIS DEL TRABAJO, REALIZADA POR NATALIA MIRZA

El concepto de proceso analítico y el trabajo de transformación ¹

Jorge Canestri

En líneas generales, el texto gira en torno a dos grandes temas: el concepto de proceso analítico y el trabajo de transformación que allí se produce, partiendo de la base de que uno de los elementos que lo vuelven posible sería el de la construcción en el psiquismo del analista de segmentos de teoría en el trabajo clínico.

El autor comienza subrayando la cantidad de textos dedicados a este tema, en contraposición con la ausencia de una definición clara del concepto de proceso analítico, su naturaleza y su aplicación.

Se propone sintetizar algunos de los temas que atraviesan los escritos de diferentes autores, para identificar luego los modelos hacia los que conducen sus reflexiones.

El tema del proceso analítico cobra importancia creciente a partir de 1960, en el contexto de trabajos sobre el “sujeto”.

Breve incursión bibliográfica sobre el tema

El autor retoma lo que señala Henry Smith, en el sentido de la numerosidad de puntos de vista diferentes que existen con respecto a los componentes esenciales del proceso y su metodología, los cuales reflejan puntos de vista también diferentes con respecto a los aspectos más importantes del trabajo, es decir, con respecto a cómo funciona el psiquismo, cómo enferman los pacientes, cómo mejoran y cuáles son los objetivos propiamente psicoanalíticos.

A su vez, destaca que, en contraposición a ello, existe un tema sobre el cual sí es posible encontrar un consenso moderado entre los autores, que es el de la incidencia de la patología del paciente en el proceso analítico.

Por otra parte, también señala que hay conceptos pivots de la teoría psicoanalítica que han sufrido profundas transformaciones, tal como es el caso del cambio de significación de la contra-transferencia, que primero fue percibida como obstáculo (P. Heimann).

Según el autor, existen analistas que conciben el proceso como algo que pertenece esencialmente al paciente (Greenacre y Weinshel, por ejemplo) para los cuales proceso y trabajo analítico son dos cosas bien distintas. Sin embargo, para los que defienden algo más interactivo (como Arlow y Brenner), tales términos son sinónimos.

W. Meltzer, propone un modelo desarrollista del proceso, que se desarrollaría como algo “natural” y hacia una posición depresiva.

¹ Revue Française de Psychanalyse Dic. 2004 TOME LXVIII Spécial Congrès Presses Universitaires de France. Paris Pág. 1495

Por otra parte, los Baranger, en 1983, proponen nociones de campo y segunda mirada, que supone al proceso como algo que se produce “entre” analista y paciente y con la contribución de ambos.

En relación a la temporalidad y el proceso analítico, el autor postula que se ha llegado casi a la desaparición del concepto de “historia del sujeto” por muchas razones diversas, a veces contradictorias, una de las cuales (la más importante para él) es la dilución de la historia del sujeto en una psicología del desarrollo, obtenida mayormente con los métodos de observación empírica. Ello supone sacrificar la noción freudiana fundamental del apres-coup.

La pregunta es acerca de si el proceso analítico es un proceso natural o un artificio. Canestri piensa que la temporalidad particular del proceso, la ausencia de concordancia entre el proceso patogénico y el analítico, la inexistencia de fases pre-establecidas y de reglas generales, ofrecen razones que avalan la segunda hipótesis. Pero se pregunta qué decía Freud de ello? Habló de proceso analítico?

Freud y la idea de proceso

Freud en Sobre el comienzo del tratamiento expone una referencia explícita al proceso analítico. Subraya allí la idea de un proceso en el paciente, y que se desarrolla como con vida propia, independiente pero imprevisible. Toma como modelo el de la reproducción, como para ilustrar la impotencia del analista en la determinación de los resultados que obtendrá con sus intervención.

Sin embargo, en sus últimos escritos, si bien el proceso parece en gran medida confiado al paciente, también se adscribe al dominio técnico del analista.

Si bien no hay en la obra freudiana una definición explícita ni un tratamiento explícito del concepto de proceso analítico, se pueden sin embargo construir modelos para pensarlo a partir de las diferentes reformulaciones. Las más interesantes y actuales serían las de los últimos escritos, que hasta parecen sugerir, como señalara Green (2001) un contra-proceso.

Por último, Canestri esboza su postura, señalando que cada analista construye su modelo teórico, que estima más o menos compatible con la metapsicología freudiana o con otras teorías psicoanalíticas, y que de allí se deduce un modelo de proceso analítico.

En su célebre trabajo: La dirección de la cura, Lacan postula que el analista dirige la cura y no al paciente. La dirección de la cura consistiría primero en aplicar la regla analítica. Pero la pregunta que vuelve aquí es la de si cura y proceso, trabajo analítico y proceso serían lo mismo. Según Canestri cura no es sinónimo de proceso. El trabajo analítico desarrollado en el tiempo (o cura) -trabajo que incluye analista y analizando y que se desarrolla en la situación analítica, asimétrica, con reglas bien establecidas e hipótesis de trabajo del analista derivadas de una o varias teorías- puede producir un proceso, un no-proceso o un contra-proceso.

Desde otra perspectiva, Donet habla de la situación analizante, a diferencia de la situación analítica, entendiendo esta última como el par analista-analizando formando

un campo (Baranger) con capacidad auto-organizadora y una dinámica procesal de desorganización-reorganización. Nuevamente la pregunta que queda planteada es la de si situación analizante sería lo mismo que proceso analítico.

El significado de proceso

En líneas generales, y siguiendo la etimología latina de la palabra (processum, procedere), la cuestión se plantea por un lado, en una concepción del proceso analítico como simplemente el resultado de “avanzar” (procedere), “hacer camino al andar” (trabajo y proceso como sinónimos), porque ni el resultado ni el cambio importarían, sino que alcanzaría con hacer ruta (conocida o no, con reglas explícitas o no, pero sin referencia a un estado final). Por otro lado, otra postura sería la de que, para que haya proceso, haga falta cambio en función de y de manera coherente con una meta determinada, sea ésta cual sea.

El autor maneja diferentes acepciones que enumera Klimovsky (epistemólogo argentino), una de las cuales está más relacionada con el modelo kleiniano (y que toma Meltzer) de superación de etapas, al modo genético, según el cual el proceso es una evolución necesaria e inevitable de la posición esquizo-paranoide a la depresiva (otros autores podrían denominar de otro modo estos alcances, pero con la misma secuencialidad).

Compatible con estas ideas es el “buen proceso” relacionado con la noción de “crecimiento mental” del paciente, lo cual incluye la idea de una tendencia natural hacia la sanación y el desarrollo intelectual que el tratamiento analítico debiera provocar.

De todos modos, en estas definiciones está la idea de que el proceso terapéutico debe provocar cambios en el sujeto y ello supone, en el analista, una cierta idea de salud mental o de funcionamiento mental, es decir, modelos que subyacen.

Breves reflexiones sobre el concepto y empleo de modelos en la teoría y la práctica analíticas

Desarrolla el autor aquí, acerca del valor heurístico de los modelos, poniendo el ejemplo del modelo de “campo” de los Baranger, así como también lo podrían ser la topología, los matemas y los nudos de Lacan. Cuestiona la exigencia que se les aplica de rigor conceptual y técnico, cuando en realidad son ficciones (en el sentido de Bentham) o “modelos imaginarios”, es decir, un “como si”.

Destaca cómo en anteriores trabajos (Canestri 1986, 1993, 1999, 2002) se dedicó a estudiar el significado y la función que los fantasmas científicos, los mitos científicos, las ficciones, las convenciones, las representaciones intermedias o auxiliares (como llamó Freud a las ideas cuya consistencia o verosimilitud debía todavía ser probada) tienen o pueden tener en la construcción de la teoría.

En el caso de las ficciones, la condición de la “prueba” en el sentido epistemológico estricto, es reemplazada por la demostración de su utilidad y pertinencia.

El autor pone el ejemplo de la etnología, que a partir de la segunda mitad del siglo XX resintió el peso del concepto de evolución calcada sobre la biología, lo cual la llevó a emplear el concepto en la construcción de series unilineales para describir la evolución histórica de las instituciones. Por ello supuso “estados arcaicos” de las instituciones, para llegar a otros de complejidad y perfección progresiva (de la supuesta promiscuidad primitiva a la familia conyugal, por ejemplo). Esta ficción correspondió a un prejuicio ideológico que forzó al pensamiento etnológico a introducir etapas del desarrollo no demostrables y probablemente nunca inexistentes (Levi Strauss, 1983).

A su vez, habría en el psicoanálisis ficciones similares, por ejemplo la ficción de la horda primitiva de Tótem y Tabú. En los dos casos la investigación prueba la inexistencia de tales fenómenos, sin embargo, la diferencia fundamental entre ellas es que la ficción psicoanalítica obedece a la necesidad lógica de la teoría, que instituye el valor y el sentido simbólico al padre muerto, demostrando de ese modo su pertinencia. La ficción etnológica es gratuita, incluso nociva.

Algo similar ocurriría también con los modelos y aquí el autor se detiene en lo sucedido con Einstein y su uso del modelo de campo electromagnético para elaborar su teoría de la relatividad. Einstein habría usado hasta determinado punto del trayecto ese modelo, pero éste luego tuvo que ser trascendido. Fue allí que tuvo necesidad de escribir matemáticamente las leyes del campo y fue entonces que se creó una nueva realidad, porque solamente entonces, cuando se pudo tratar simbólicamente a lo real, el modelo de campo fue elevado al nivel de modelo teórico.

Con ello no se pretende un psicoanálisis matemático sino que, por el contrario, el autor intenta plantear que habría que evitar la confusión que deriva del tratamiento del artificio, de la ficción o del modelo imaginario, como un modelo teórico matemático.

Retomando las posiciones anteriormente expuestas, Canestri considera el modelo de Meltzer y de todos aquellos que emplean las analogías que derivan del desarrollo, como inapropiados y, a la larga, nocivos.

Finalmente, plantea otras ideas acerca de la complejidad actual, los sistemas complejos o dinámicos a la luz de la teoría del caos determinista (Pragier, Quinodoz) para arribar al ejemplo del laberinto, como ubicado entre la metáfora y el modelo del proceso analítico y cita a S. Argentieri (psicoanalista) que toma ese tema.

La autora propone tres modelos diferentes de laberintos psicoanalíticos: a) el análisis como laberinto griego, de color único o lineal, que aunque tortuoso va y viene. Este modelo podría corresponder a los comienzos de la teoría psicoanalítica, apoyándose en la seducción padecida, su represión y finalmente su abreacción terapéutica. b) el análisis como laberinto ramificado, hecho de bifurcaciones, pero construido precisamente por el borramiento de las conexiones. Siendo el arte de desenrollar y rebobinar continuamente el hilo. Y no se analiza tanto para develar, sino para crear y recrear significaciones. El hilo mismo no es sólo una garantía de retorno, sino un instrumento para avanzar, y al avanzar se dejan nuevas señales (“transcripciones”, “construcciones”, “resignificaciones après-coup”). Por último, el psicoanálisis como laberinto de redes, donde cada vía puede ligarse a cualquier otra, siguiendo ciclos que se cruzan sin límite y donde no hay centro, o mejor dicho, el centro puede estar en todos lados, puesto que es móvil y nunca estructurado definitivamente. Es la época en que los

psicoanalistas tienden a creer que muchos caminos interpretativos pueden ser equivalentes, que las narraciones posibles son infinitas, además que las relaciones terapéuticas. El riesgo que esto conlleva, es que, como el arquitecto de Dédalo, el analista se pierda y quede prisionero en el mismo laberinto construido. Canestri cierra preguntándose si no recuerda esta situación a versiones del análisis intersubjetivo.

Un modelo perturbador, la mecánica cuántica

En este apartado el autor retoma la cita primera de Heisenberg y su principio de indeterminación y se propone usar el modelo de la mecánica cuántica no tanto por la posibilidad de encontrar eventuales analogías con la experiencia analítica sino el hecho de que los fenómenos que se producen a nivel infinitamente pequeño, en su intersección con el nivel macroscópico, suscita problemas tales que hacen crisis con las soluciones epistemológicas actuales. Y cree sí, que algo similar ocurre en nuestra disciplina, y que las diatribas e incomprensiones que caracterizaron las relaciones entre el psicoanálisis y los epistemólogos fueron, por un lado, el resultado de su falta de identificación del problema que plantea la experiencia psicoanalítica, pero por otro, el fruto de nuestra incompetencia para representarla (tema al que se ha dedicado ya varias veces, Canestri 1993, 1999, 2001, 2002 a, b).

En líneas generales, la física debe tratar de explicar “lo inmenso y lo minúsculo” (R. Penrose), pero lo que sucede es que el nivel de lo inmenso, o nivel clásico, requiere un tipo de método y que el nivel de lo minúsculo o cuántico, requiere otro. Sin embargo, el mundo para quien no practica la física parece ser uno. Descubrimos, con sorpresa y con un cierto alivio, que el problema relativo a la manera de recomponer un mundo “uno”, crea perplejidades e incluso una cierta angustia, no solamente a los profanos sino incluso a aquellos que reflexionan sobre la filosofía de la física contemporánea.

Existen varios “misterios” en la mecánica cuántica para una mirada desde nuestra lógica tradicional. A un nivel cuántico, por ejemplo, el objeto no puede ser dissociado del instrumento que intenta develar sus características, porque es la misma intervención la que precipita a la materia al estado particular que intentamos describir. A su vez, los fotones pueden estar en diferentes estados a la vez, en una superposición de estados. También pueden ligarse de modo sorprendente, por ejemplo reaccionando uno en relación a otro, como anudado o encadenado a él, aunque se encuentre a significativa distancia (ver experimentos que relata Penrose, o el gato Schrodinger, vivo y muerto a la vez). Una de las teorizaciones propuestas frente a estas paradojas es la de H. Everett, de los universos múltiples o multiversos, teoría que también encontró muchas críticas, pero que podría encontrar resonancias hasta poéticas, como en lo que J.L. Borges relataba en su Jardín de los senderos que se bifurcan.

El autor plantea que es difícil no ceder a la tentación de construir puentes entre estos fenómenos y la experiencia de nuestra clínica cotidiana. ¿No podríamos pensar, por ejemplo, el fenómeno de la regresión temporal como un estado cuántico de superposición de estados que se precipita es un estado particular? La idea de hacer interactuar el concepto de no-lugar cuántico o de anudamientos con algunas de nuestras experiencias límites (formas particularmente intensas de identificación proyectiva, contra i.p., comunicación icc a icc), ¿no es acaso sugestiva? Para no hablar de nuestro

trabajo incesante en la cura de intentar orientarnos en lo que es el “tiempo estallado” (Green) del análisis.

Sin embargo, el autor encuentra más interesante detenerse en las semejanzas que existen entre los problemas que la mecánica cuántica y el psicoanálisis plantean a la epistemología. En este sentido, destaca que el objeto no puede tener una determinación más que relativa, relativa a la determinación de otros objetos que son intervenidos en la exploración. El análisis que resulta es un análisis en situación, que privilegiará el conjunto de situaciones en las cuales está incluido el observador. Y ello se opone a una lectura objetivante que haya tomado distancia de lo real y que pueda asignarle un valor ontológico a lo real. La concepción objetivante de la teoría científica es reemplazada por una concepción “indicial” y por una epistemología “participativa”, que rechaza una de las dicotomías características del neo-positivismo como es la de la oposición entre ciencias humanas y de la naturaleza. El autor cita a Bitbol, quien escribe que el problema está sobre todo provocado por la “enceguecedora proximidad de lo real” y que “un conocimiento no es razonablemente exhaustivo sino a condición de renunciar a ser exhaustivamente objetivante; ... no es razonablemente exhaustivo sino a condición de ser en parte participativo”.

El haiku de los instrumentos conceptuales del proceso

En este apartado, Canestri enumera, de modo breve (haiku), las contribuciones post-freudianas que le fueron más útiles y que siente más próximas a su concepción personal del proceso analítico, dando por descontado que están incluidas también nociones básicas como transferencia, id. Proyectiva, etc .

- 1) Importancia en el proceso de la posición depresiva teorizada por Klein, pero no considerada genéticamente, el análisis de la transferencia negativa y los mecs. de def. primitivos.
- 2) Modelo bioniano de la alternancia ps D, así como el de Britton
- 3) Extensión de Bion del concepto de i. proyectiva, que incluye la normal para desarrollar el concepto de “continente”. Empleo personal del concepto, próximo a Rosenfeld, que implica una actividad particularmente intensa de parte del analista, un proceso de transformación interna, orientada a la traducción en palabras para el paciente de la experiencia.
- 4) Función alfa, reverie y teoría del pensamiento de Bion
- 5) Concepto de rempart y bastión de los Baranger, ligados en la clínica a impasses
- 6) Articulación del concepción de simbólico-imaginario y real, de Lacan en la cura
- 7) Trabajo de lo negativo, configuraciones de la terceridad, tiempo estallado y teoría de la representación, de Green
- 8) Actividades mentales prototípicas del proceso analítico (Fain)
- 9) La situación analizante (Donnet)
- 10) La regresión formal, lo regrediente y el trabajo de figurabilidad (Botella)
- 11) El lenguaje en el análisis (conceptos freudianos, de Green, cambios de paradigma de Apel, concepto de implicancias de P. Grice, gramática de la enunciación y sujeto de la enunciación de A. Culioli, O. Ducrot y L. Danon-Boileau, nociones de terceridad e interpretante de la obra de Peirce, investigaciones sobre polilingüismo en análisis, de J. Amati-Mehler, S. Argentieri y él mismo, etc).

Las teorías implícitas del analista en la práctica clínica

Siguiendo con lo anterior, el autor reconoce que son esquemas, construir a través de conceptos surgidos de diferentes modelos, pero siempre explícitos. Por otro lado, Sandler (1983), intenta demostrar como el analista que aumenta su experiencia clínica (y seguramente su conocimiento teórico) puede hacer esta obra de construcción de manera preconciente y dejando implícitos segmentos teóricos. La hipótesis de Sandler, que Canestri comparte, es que esas estructuras parciales pueden constituir, en la práctica clínica, teorías más útiles y más apropiadas que las teorías oficiales.

¿Por qué evocar las teorías implícitas del analista en la práctica clínica a propósito de una disertación sobre proceso? Desde las conceptualizaciones acerca del valor de la contratransferencia como herramienta, se cambia la perspectiva sobre el proceso mismo, se pasa de una psicología de un cuerpo, a una de dos, como plantea Balint; el rol del analista deviene más complejo, ciertamente menos neutro, su participación trasciende la de ser un supervisor del proceso. (como decía Bitbol, un rol menos objetivante y más participativo). Sin embargo, mientras se exploraba el mundo emocional del analista y sus fantasmas, no pasó lo mismo con el trabajo de construcción teórica del analista en su práctica cotidiana. Es decir, no había tanta interrogación acerca del empleo real que el analista hace de las teorías oficiales a las cuales dice adherir, ni cómo ellas repercuten en la escucha o en la puesta en palabra de la interpretación. Ese dominio de la actividad del analista merece ser estudiado, no solamente por sí mismo, sino también en el proceso analítico.

El autor plantea la utilización de tres términos diferentes para hablar de las construcciones teóricas personales: teorías implícitas, privadas e inconscientes. Implícito deriva de *implicitus*, en el latín, fundido junto con. Se lo utiliza para calificar un concepto o un hecho que, sin haber sido formalmente y expresamente anunciado, está contenido, por inferencia, de otro concepto o hecho. Son esas construcciones teóricas que atribuye el autor a la práctica clínica. Son privadas hasta el momento en que el autor les reconoce y les atribuye una dignidad, un valor y una forma que podría volverlas públicas.

En la práctica clínica la teoría está definida como un modelo con tres componentes: el pensamiento basado en la teoría pública; el pensamiento teórico privado; la interacción entre pensamiento privado y el explícito (empleo implícito de la teoría explícita).

El tercer término se presta a mayores dificultades porque el empleo de la expresión “teorías preconcientes” (icc descriptivo) puede suscitar críticas.

El autor se detiene allí, tomando conceptualizaciones del propio Sandler, de Piaget y Vygotskij (zona de desarrollo próximo), así como de Popper, para arribar a los siguientes planteos: en su práctica clínica el analista, frente al crecimiento de situaciones participativas del trabajo con el paciente, frente a la presión de problemas que pueden derivar de condiciones patológicas particulares de un cierto

analizando o a continuación de reestructuraciones personales, somete a una tensión los conceptos que provienen de las teorías oficiales.

El cambio conceptual o la creación de nuevos conceptos que resulta de la interacción de las teorías oficiales aprendidas, con sus propias teorías, puede quedar a nivel preconciente o manifestarse en la conciencia. Tales teorías pueden revelarse, incluso, como totalmente inapropiadas o, por el contrario, adquirir una dignidad teórica y llegar a formar parte de las teorías oficiales. Un epistemólogo anti-dogmático debería favorecer estas teorías y programas que manifiestan un gran poder heurístico; además, desde ese punto de vista, Freud ofrece un excelente ejemplo.

Se ponen los ejemplos de dos cartas de Freud a Ferenczi, en donde se resume bien su idea en torno al mecanismo de la creatividad científica (12 de julio 1915, 8 abril 1915). La lógica del descubrimiento que allí se describe puede resumirse en pocas palabras: a) las teorías deben derivar de los fantasmas que se imponen al investigador; b) deben estar sometidas a una crítica (lógica de la justificación) y c) en función de los resultados podrán o no acceder a la publicación.

Por último se desarrollan puntos que toman a Lakatos, en la Lógica del descubrimiento matemático, así como el aporte de otros matemáticos célebres como Poincaré, quien inspirara a Bion, porque concibe que el proceso creativo matemático demanda la contribución de largo trabajo inconsciente.

Todas estas consideraciones llevan a concluir que el conocimiento de un componente personal que, como lo quiere la heurística, es el resultado del juego combinatorio de las tres instancias psíquicas y que se metaboliza en el espacio de desarrollo próximo de Vigotsky o en el preconciente de Freud y de Sandler, junto con un componente intersubjetivo que subyace a todo proceso de objetivación, como lo requiere una cierta lectura filosófica de la teoría cuántica; todo ello es coherente con la experiencia de proceso analítico.